

Dieter Roth, *Contenedores*, 1971-1973,
 en línea: <http://dieter-roth-academy.de/index.html>

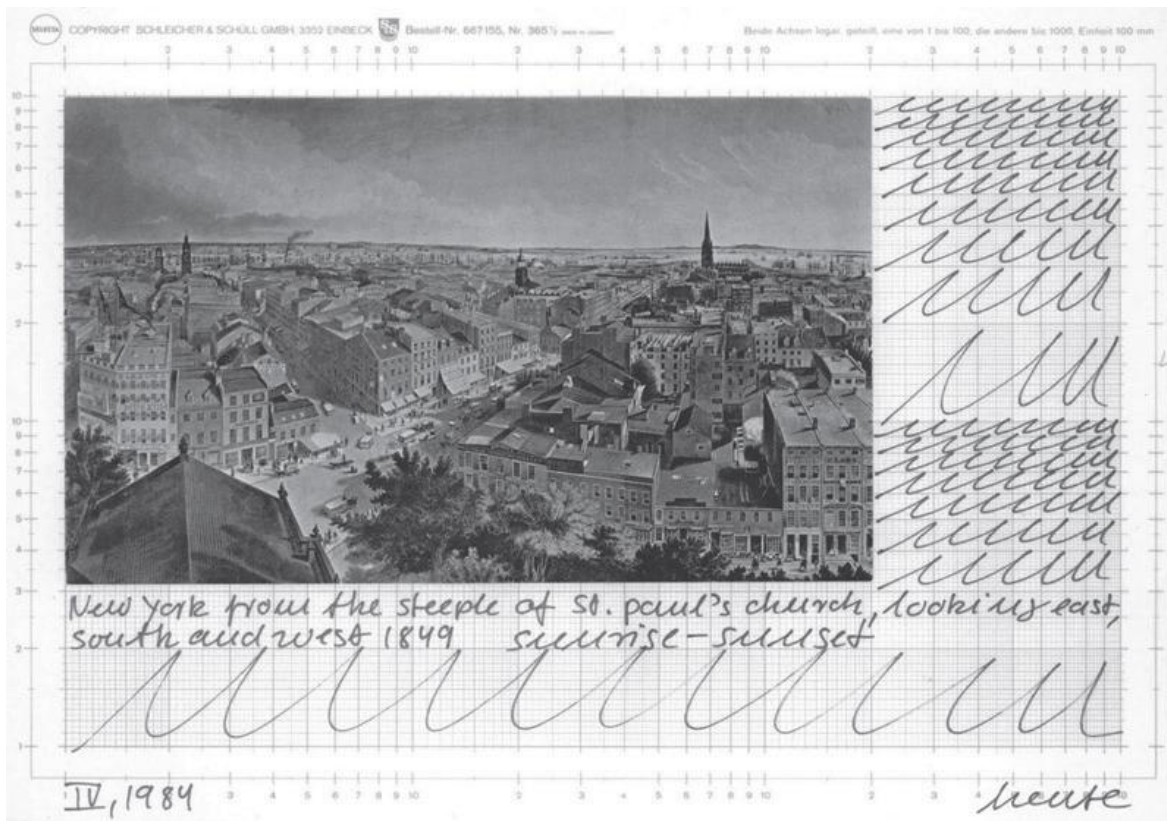
Escribir

Arlette Farge

No se pueden resucitar las vidas hundidas en el archivo. Ésa no es una razón para dejarlas morir por segunda vez. Hay poco espacio para elaborar un relato que no las anule ni las disuelva, que las mantenga disponibles hasta que un día, en otro lugar, se haga otra narración de su enigmática presencia.

Con toda seguridad, el apego a las palabras y a las acciones en jirones modela la escritura; apoyándose en la fragmentación de las palabras, encuentra su ritmo a partir de secuencias que

nada deben a la necesidad y todo a lo plausible, y busca un lenguaje que deje subsistir el desconocimiento ofreciendo parcelas de saber nuevo e inesperado. Es peligroso el ejercicio de querer que la historia también se forme según lo que hubiese podido producirse, dejando que se escapen a través del desarrollo de los acontecimientos el orden inestable y disparatado del afloramiento de lo cotidiano, el mismo que hace que el curso de las cosas sea al mismo tiempo probable e improbable.



Hanne Darboven, "Hoy", de la serie *Paisajes humanos*, 1999, Schaffhausen, Suiza

reflejo del que no se sacan más que informaciones y del archivo prueba que concluye las demostraciones, con el aspecto de acabar de una vez por todas con el material. Así pues, ¿cómo inventar un lenguaje que se aferre a lo que allí se busca, a través de las huellas infinitas del desafío, de los reveses y de los éxitos? Si las palabras utilizadas no permiten nunca a los actos que describen repetirse, al menos pueden evocar lo repetible, los suplementos de libertad para más tarde, aunque no sea más que enunciando la dignidad y esforzándose por medir la amplitud de las desgarraduras y del dolor. Naturalmente, "la historia aparece cuando la partida ha

escritura de esa historia debe conservar el gusto de lo inacabado, por ejemplo, dejando que vaguen las libertades, después de que fuesen escarnecidas, negándose a concluir nada, evitando cualquier forma suprema de saberes adquiridos. Ciertamente, existe una nueva forma de plegar las palabras según el ritmo de las sorpresas recibidas; frente al archivo, de obligarlas a acompañar a la vacilación intelectual, con el fin de dejar que, por ejemplo, las infamias como los deseos de emancipación se manifiesten por sí mismos, manteniéndolos aptos para anudarse más tarde sobre otros sueños u otras visiones. Seguramente, hay un medio para producir sacudidas con el único

recurso de las palabras, de romper evidencias, de tomar al revés el habitual hilo bonachón del conocimiento científico. Seguramente hay medios para ir más allá de la sombría restitución de un acontecimiento o de un objeto histórico, marcando lugares donde el sentido se deshace, produciendo vacíos donde reinaban certezas. Tendida entre la necesidad de construir sentido con un relato que se sostenga, y la certeza de que no hay que reificar nada, la escritura se busca entre la inteligencia y la razón, entre la pasión y el desorden.

[...] La atracción del archivo es claramente un vagabundeo a través de las palabras ajenas, la búsqueda de un lenguaje que salve sus pertinencias. Quizá incluso sea un vagabundeo a través de las palabras de hoy, una convicción poco razonable de que se escribe la historia para no contarla, para articular un pasado muerto sobre un lenguaje y producir “el intercambio entre vivos”². Para deslizarse en un discurso inacabable sobre el hombre y el olvido, el origen y la muerte. Sobre las palabras que traducen la implicación de cada uno en el debate social.

Referencias

Ricoeur, Paul, *Temps et récit*, t. 1, París, Éditions du Seuil, 1983, p. 222.

² De Certau, Michel, *L'écriture de l'histoire*, París, Gallimard Education, 2002, p. 61.

Fragmento tomado de la obra de Arlette Farge, *La atracción del archivo*, Valencia, Institutio Alfons El Magnanim, 1991, pp. 95-96.